

MÉXICO EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XXI

Andrés Serra Rojas

Sumario: I. México en los umbrales del siglo XXI; II. Problemas futuros.

I. MÉXICO EN LOS UMBRALES DEL SIGLO XXI

Dos sexenios más incluido el presente, y metafóricamente se abrirán las grandes puertas de bronce del próximo siglo XXI.

Recordemos los primeros años de los siglos XIX y XX. En ellos se vivieron las mismas ilusiones y esperanzas. El primero, soñando con un país libre y generoso que acabara con los oprobios de la Colonia. Grandes y analfabetas masas, perdidas en la inmensidad de sus campos, en una patria que los mantenía olvidados en la miseria lacerante y sin derechos de ninguna especie. Pero siempre hubo mexicanos ilustres inconformes con tal estado de cosas, que mirando el porvenir soñaban en ser libres y soberanos, al librarnos del yugo peninsular, déspota y atrasado aun para ellos mismos.

Al comenzar el siglo XX, don Porfirio Díaz, héroe de la Carbonera y del 2 de abril, terminaba su séptimo mandato e iniciaba por octava ocasión su reelección; hasta la décima, en que fue depuesto por la Revolución. La larga dictadura del Presidente Díaz contrariaba sus propias palabras, pronunciadas en 1871: «Que ningún ciudadano se imponga y perpetúe en el ejercicio del poder, y ésta será la última revolución».

En años iniciales de este siglo, a lo que sólo nos referirnos brevemente, la dictadura porfiriana continuó favoreciendo a los hacendados, a las compañías deslindadoras y el capital extranjero, con detrimento de los campesinos, y en particular de los indígenas, todo ese sector hundido en la miseria más espantosa y sin derechos de ninguna especie. Al general Díaz nunca le preocupó el desarrollo democrático de la nación.

El gobierno porfirista puso atención en aspectos generales de infraestructura del país, todo ello intencionado. Valga de ejemplo el caso de los ferrocarriles, creados para saquear las riquezas del país y acentuar la intervención de las empresas extranjeras, a las que se rodeó de cuantiosos subsidios. Seguimos siendo una nación exportadora de materias primas, que eran tratadas en las grandes fundiciones de Estados Unidos.

Situación lamentable de la economía nacional, educación en su más bajo nivel, soberanía muy relativa por las presiones externas, ausencia total de derechos sociales y políticos, persecuciones ignominiosas de los primeros revolucionarios, una creciente aristocracia y sector capitalista voraz e implacable, que fastuosamente se exhibió en las conmemoraciones de 1910. A fines de ese año empezó la Revolución Mexicana.

Por otra parte, después de bosquejar sumariamente los primeros años de este siglo, se recomendó el análisis de los años posteriores, como se ha hecho por numerosos escritores que comentan el desarrollo de la Revolución, las grandes aportaciones de la Constitución de 1917, las reformas constitucionales y la acción de los gobiernos emanados de aquel movimiento, hasta nuestros días, con sus complejos problemas.

Los inicios de los siglos XIX y XX, guardando las necesarias proporciones, ofrecen cuadros semejantes con el próximo siglo XXI. Preocupaciones políticas, económicas, educativas, administrativas y otras. Las soluciones pueden ser diferentes, porque también han

variado los adelantos científicos y técnicos, en tanto que la ciencia política, y la misma ciencia de la administración pública, se proyectan en nuevas estructuras de desarrollo que no habían alcanzado en las etapas anteriores.

Tratando de entrever o sentir los movimientos del siglo próximo, por una relación lógica, muchas cosas continuarán en su ritmo y desarrollo de los tiempos presentes; otras emprenderán nuevos caminos, adaptadas a las nuevas contingencias que vayan apareciendo, en ese angustioso propósito de la humanidad para resolver los indudables e inquietantes problemas que va a deparar el porvenir a todos los pueblos del mundo.

Estamos seguros de que lo que será más problemático radicará en la situación conflictiva de las grandes masas. Si comparamos los dos últimos sexenios de nuestra vida política, y los próximos dos sexenios, uno de ellos el actual, no estimo que las condiciones generales de la población ofrezcan cambios de consideración. El desarrollo de la educación pública requiere de un siglo para transformar culturalmente a varios millones de mexicanos. Y en cuanto a los problemas económicos, no podríamos conjeturar qué suerte correrán.

Sin caer en un pesimismo estéril, muy limitado será lo que se logre en la recuperación de los niveles de vida popular.

Partiendo del presente, todas las situaciones son y serán siempre difíciles. Se necesita una gran devoción gubernamental y ciudadana para alcanzar cuadros de desarrollo más halagüeños. El arte de gobernar se traducirá, como de costumbre, en tratar de atenuar, conciliar o arreglar un complicado rompecabezas que acabará en todo el mundo por ser rompe-estados.

¿Está el Supremo Creador de todas las cosas, poniendo a prueba a todos los seres humanos, para desterrar el odio, la maldad y la crueldad? ¿O los dictados del Apocalipsis iniciarán su marcha aniquiladora? ¿El desarrollo de las grandes técnicas no generará problemas

imprevistos y caeremos en el juego siniestro de pequeños grupos privilegiados, adueñados de un mundo que no les pertenece, que repetirá nuevas formas de esclavitud?

Partiendo del análisis de la necesaria transformación del Estado, en todas las latitudes, estamos convencidos de que en las etapas subsiguientes se pretende vivir en momentos decisivos en la historia de la humanidad. En esto hay una buena dosis de engaño o de mala fe, porque se quiera o no se quiera, el siglo XXI continuará siendo el siglo de un imperialismo irresistible de las grandes potencias, que continuarán sojuzgando a los pueblos del llamado Tercer Mundo. Para un cambio ecuménico trascendental, antes se tiene que sortear y resolver la crisis profunda del Estado, en relación con la determinación de sus complejos fines y su misión en la comunidad internacional.

El Estado no es más que la organización política de la sociedad. Lo vital se encuadra en los problemas sociales.

Desde luego, debemos advertir que la mayor parte de las informaciones o predicciones son relativamente confiables, ante la propia vitalidad de los grandes grupos de presión. No podemos atenernos a conocimientos que están en constante renovación o transformación. Ni una realidad social en vertiginoso crecimiento, con la consabida multiplicación de sus problemas, muchos de los cuales son irresolubles, por la incapacidad evidente del Estado para salir al paso de ellos.

Una atenta mirada al mundo contemporáneo nos muestra el panorama de muchas sociedades que van a la deriva y acusan una franca decadencia. Otras denotan inestabilidades políticas y económicas, con deudas que jamás podrán pagar. Todo ello frente al oropel de unos cuantos Estados capitalistas, adueñados de la economía mundial, a quienes imponen subordinaciones de todo género, haciendo pedazos su soberanía e independencia, que no logran sino acrecentar la situación caótica e impasable de los Estados subdesarrollados.

¿Existe en la actualidad alguna forma de Estado que sea plenamente confiable, o que sirva de base para futuras investigaciones políticas?

El poder y la grandeza de los Estados, como construcción original, depende de encontrar la forma política adecuada a su realidad social y a las vicisitudes de su tiempo.

Un grave problema que se avecina, en tiempos muy cercanos, es la situación de los Estados europeos, que ya están enfrentando serios problemas económicos y políticos. Como tributarios de la cultura occidental, padeceremos las consecuencias de estos graves desquiciamientos sociales.

Y qué decir de los Estados Unidos de Norteamérica, que, para sostener su hegemonía mundial y sus desarreglos financieros internos, tendrán que definir una política exterior más perjudicial para los demás países.

Un nuevo y aparente optimismo se enseñorea de la comunidad internacional cuando se han mejorado en forma importante las relaciones entre la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y Estados Unidos de Norteamérica. Creo que es una etapa transitoria e inestable porque, en el fondo, persisten los mismos temas de antagonismo. Sería ingenuo pensar que estas grandes naciones variarán sus estructuras políticas y económicas. Se piensa que la *perestroika* dará mayor fuerza y cohesión a la URSS, que además de ser la segunda fuerza atómica mundial, aspira a convertirse en una potencia industrial; camino que, por otra parte, es muy largo de recorrer, en un mundo tan tecnológicamente adelantado, en el cual dominan férreamente los grandes emporios comerciales e industriales de Estados Unidos, Inglaterra, Alemania Federal, Francia, Italia, y sobre todo, Japón.

En el caso de México, durante cerca de dos siglos de luchas, en un doloroso proceso evolutivo, nos hemos esforzado por lograr una organización social, económica y política, que responda a las demandas

sociales de los grupos de presión, con un orden más justo, equitativo y más humano. Se ha combatido con vigor para lograr el equilibrio de las fuerzas sociales de nuestra vida política.

Tarea erizada de dificultades ha sido llegar a la armonía de la estructura constitucional del Estado mexicano, con nuestra estructura social. Para llegar a este ideal se necesita mayor colaboración de mexicanos que ilustren con sus investigaciones las metas que difícilmente se perfilan, y que forman el tema obligado de gobiernos y partidos políticos, por el momento no suficientemente capacitados para emprender la magna obra de reconstrucción nacional.

A pesar de contar con valiosas instituciones sociales y políticas, ellas no alcanzan la perfección que reclaman. Su ejercicio cotidiano no siempre se muestra uniforme ni regular hacia el porvenir, porque hay sucesos sociales que inesperadamente irrumpen en la vida política, y resultan, la mayor parte de las veces, imprevisibles. Digamos, por vía de ejemplo, que es posible afirmar el monto de la población dentro de dos sexenios, por supuesto si algo inesperado no ocurre. Lo que no podemos conjeturar, es hacia qué sistema o doctrina ideológica se orientará la nación mexicana en los próximos cincuenta años. Derecha, izquierda o centro están en el aire; lo que no sabemos es cuándo ellos arraigarán en la conciencia popular, o si el desarrollo de la ciencia política del futuro nos proporcionará nuevas estructuras o modalidades, más adaptadas a la realidad social y a las contingencias del porvenir, que por hoy no se manifiestan muy halagüeñas.

Para llegar a orientaciones o conclusiones relativamente seguras, debemos comenzar por analizar las mismas condiciones de la actual población mundial que se reflejan implacablemente en nuestra forma de vida y el derrotero de las instalaciones nacionales.

Una pregunta que nos inquieta es saber cuál será el rumbo y la suerte del Estado moderno, y sobre todo, cuáles son las condiciones reales de la sociedad que lo domina.

La respuesta no es optimista y, en cierto modo, negativa, si partimos del propio ser humano en todas las latitudes. El hombre está absurdamente destruyendo su propio ambiente; es el más grande depredador de toda su historia, por ignorancia, apatía, desinterés y mala fe. Nos aniquilan las grandes concentraciones humanas, apáticas, improductivas y ajenas a los problemas que las llevarán a su aniquilamiento. Megalópolis de miseria, delincuencia e incultura, donde cada día es más imposible vivir, por el intenso grado de contaminación que nosotros fabricamos diariamente en la forma más irresponsable y destructora.

El hombre destruye tierras, bosques, ríos, lagos, mares y su propio espacio. En lugar de llegar a la luna deberíamos hacer esfuerzos inauditos para llegar a la conciencia de la humanidad.

Además del desarrollo propio de nuestra población, nos hemos visto inundados por una población extranjera que huye de sus solares nativos por la inseguridad que reina en ellos. Debemos respetar el derecho de asilo, pero lo que es indeseable es que un gran porcentaje de los asilados se refugie en el Distrito Federal, cuando hay otros lugares en que podrían residir en nuestro territorio, sin ocasionar mayores daños.

Los problemas sociales son la materia esencial para la atención del Estado, de sus finalidades y propósitos inmediatos. Desde luego, el Estado hace suyos la atención de estos problemas, en tanto que otros no están a su alcance. Por mucho que se afanen los órganos públicos, estos problemas se atenderán en forma parcial, dada la incapacidad económica expresada en el Presupuesto de Egresos, el federal, los locales y los municipales. Lo que quiere decir que incumbe a la sociedad un mayor responsabilidad para atenderlos, ante la insuficiencia estatal. Sin embargo, ella es muy mezquina, limitada y olvidadiza. A principio de siglo la actividad social se manifestó en numerosas personas que, con todo desinterés y patriotismo, construyeron hospitales, sanatorios, escuelas, centros de trabajo y otros. En las últimas décadas hemos visto limitada la acción

social altruista. Un gran egoísmo y desinterés nos domina, ante los lamentables cuadros sociales.

Es fundamental revisar cuidadosamente la legislación administrativa, como la Ley Federal de Población, la Ley Federal de Protección al Ambiente, la Ley de Salud, la Ley Federal de Aguas, la Ley Forestal y de Caza y Pesca, y otras relacionadas, para adaptarlas a la nueva política ecológica. El problema no reside sólo en elaborar leyes, sino vigilar su estricto y razonable cumplimiento.

Constituimos, sin duda, una gran nación, con muchos elementos inéditos por explotar y otros mal explotados. En su estructura básica en andamios a ratos sólidos, a ratos inestables. Tenemos muchos problemas por resolver, como el campo, la educación, la vida económica, la reconversión industrial y otros. Pero debemos precisar que los grandes problemas nacionales no se resuelven con estériles manifestaciones callejeras, con gritos destemplados en las Cámaras Legislativas, ni con centros de cultura superior desordenados y sin una visión progresista de su misión, ni con un proceso educativo carente de los más elevados valores, ni con actividades económicas egoístas y antimexicanas que sólo piensan en la ganancia y el interés.

II. PROBLEMAS FUTUROS

No podemos negar que todo lo que ocurre en Estados Unidos, en particular, tiene una importante significación que se refleja en muchos aspectos de la vida nacional.

En este 20 de enero último tomó posesión de la Unión Americana, el cuadragésimo primer Presidente, George Bush.

Su manera de pensar expresada inicialmente en su advenimiento a la Jefatura del Ejecutivo Federal, es una mezcla curiosa de neoliberalismo y neoconservadurismo, que en términos generales es la tesis imperante en aquel país. En otros aspectos, el nuevo mandatario

continuará la obra de su conflictivo prodecesor, en la atención de los problemas que los aquejan.

El fondo liberal del Presidente Bush está en sus propias palabras: «Sabemos que una cosa funciona: la libertad. Y sabemos qué cosas hacen más justa y segura la vida del hombre sobre la tierra: mercados libres, libertad de palabra, libres elecciones, un Estado que no fastidie».

Esto nos evoca las ideas de Adam Smith, que produjo la Biblia del movimiento inglés: **La riqueza de las naciones**, en 1776. Era un profesor de la Universidad de Glasgow. El contenido de este libro hizo época por su contribución al pensamiento intelectual y a la política del gobierno. El libro abarca muchas cosas que son ya anacrónicas o han sido superadas. Algunas fallas del mercantilismo tienen aún validez, pero otras son exageradas y demasiado cargadas. Sin embargo los autores liberales repiten lo que dijo el maestro escocés: «Mientras se esforzaba en interés propio, el hombre, sin saberlo o sin quererlo, era conducido por una mano invisible para fomentar simultáneamente el bien de la sociedad». No logró indicar cómo se producían estos buenos efectos, o cuál era la mano invisible. Lo que sí sabemos es que esa mano invisible pesa arteramente sobre toda la América Latina.

No hay duda que Adam Smith y los fisiócratas son los fundadores de la economía moderna, con un panorama de empresas libres en un mercado de libre concurrencia. El principio de la competencia no sólo constituía el más fuerte estímulo para el trabajo, sino que también producía el mayor bien para la sociedad, en su conjunto, y para cada uno de sus miembros. Para Smith la motivación más potente era «el esfuerzo natural de cada individuo para mejorar su propia condición, cuando se le permitía actuar con libertad y seguridad». Por ello el señor Bush repite el ideal: un Estado que no fastidie. Es decir, volver al sistema económico que pueda permitir el libre juego de las fuerzas económicas, y obrar con un conjunto de leyes propias. Todo ello creó el fermento social conocido con el título, un tanto exagerado, de

Revolución Industrial. Los tratadistas llegan a esta conclusión: «Con la ayuda de una serie de invenciones técnicas, los métodos de los industriales no sólo transformaron a la industria, sino que crearon una estructura económica de diseño nuevo».

Sabemos que una cosa funciona, la libertad, dijo el nuevo mandatario norteamericano. Pensamiento que se remonta a sus antecesores: el mismo símbolo de libertad, que en el caso del comercio exterior, se invocó para justificar la abolición de los aranceles a las importaciones, se aplicó también en la esfera de la política interior, aunque en dos diferentes sentidos. En un sentido negativo el empresario pedía que se liberara de todo control, lo cual quería decir control por el Estado, pues era la única asociación capaz de ponerle freno. Que permitiera a la economía funcionar de acuerdo, no con las leyes del Estado, sino con las leyes de la economía, petición que puede redactarse de nuevo para que diga: Que no se deje a los hombres de negocios que fijen sus propias leyes.

Esa llamada libertad, advertía al Estado que no se metiera en lo que no le incumbía.

Algunas de estas ideas las encontramos en Thomas Jefferson, quien habló de derechos inalienables, que existían antes que el Estado. Pienso que, al sumarse al Estado, delegaban sólo una fracción de sus derechos y conservaban el resto. Entonces el deber del gobierno era emplear su poder para mantener inviolados los derechos reservados. Por consiguiente, el poder del Estado debía ser siempre limitado.

Jefferson manifestó su desagrado por los grandes centros urbanos, a los que consideraba políticamente inestables, económicamente parásitos y socialmente corruptores. Por ello, según los autores, sus ideas «se combinaron en la conclusión de que una comunidad de agricultores, que poseyeran y trabajaran sus propiedades, constituía la base económica de una sociedad ideal. Que se deje a los agricultores, que viven cerca de la naturaleza, en libertad de seguir las leyes de la

naturaleza. Que los gobiernos intervengan sólo para proteger y ampliar la esfera de las actividades privadas. Y llega a esta contundente afirmación, correlativa a un Estado que no fastidie: ¿Pues, acaso no son los menos gobernados, los mejor gobernados?

Aún sobreviven en la Unión Norteamericana las ideas de Lord John Maynard Keynes. Su influencia ha sido en buena parte teórica y en parte se ha incorporado a algunos aspectos de la política gubernamental, pero aquellas teorías no han cesado de manifestarse en los últimos años, tanto sobre el pensamiento económico, como en la acción de los gobiernos del llamado mundo libre. Aún se discute la concepción de una macroeconomía, la opinión keynesiana sobre la naturaleza de la moneda, sobre el papel desempeñado por el tiempo en la economía; y sobre todo se le reconoce como el principal inspirador de las medidas de intervención a partir de la II Guerra Mundial, y en particular en los procesos de la política monetaria, que unida a la deuda exterior, constituye una de las grandes preocupaciones del Estado contemporáneo.

El Presidente Bush debe estar plenamente convencido de que Estados Unidos no podría vivir nunca con una América Latina en decadencia, caminando a su propia y próxima destrucción, dominada por una oprobiosa miseria y por la inicua explotación de los grandes emporios de la economía mundial. Poner un límite a esa situación, es afanarse por hacer del mundo un lugar decente para vivir, no un refugio para explotadores, dominados por una tarifa para todas las conciencias y un precio para todas las perfidias. Aún es tiempo de salvar a la humanidad, y descubrir los caminos decorosos del porvenir.

Los hechos que debemos comentar a continuación se refieren a la nueva política de la URSS, expuesta en la *perestroika* por Gorbachov, sobre todo en sus relaciones con Estados Unidos. Estas nuevas intenciones han despertado optimismo en un mundo que estuvo al borde de una tercera guerra mundial. Como tenemos los ojos puestos en lo que pueda suceder en el próximo siglo XXI, debo

expresar una opinión personal; para el futuro, esta política debe ser considerada como una tregua, motivada por los grandes problemas actuales de la URSS. Mañana será otra gente, otros problemas, otros acontecimientos imprevisibles y la continuación de los que se originen al final de este desdichado siglo XX. Digamos por ejemplo: el mandatario soviético es el espectador del nuevo y actual oleaje neoliberal o de democracia social, que domina en la Europa Occidental, que incluso se está infiltrando en las inconformes naciones del Pacto de Varsovia.

Mirando hacia el porvenir, Bush afirma: «Los días de los dictadores han terminado; la era del totalitarismo está pasando y las viejas ideas están pasando de moda».

Siento mucho apartarme de estas ideas, porque los días de los dictadores no sólo no han terminado, sino que se han visto robustecidos, e incluso aporreados por las grandes potencias. En el próximo siglo los dictadores adoptarán nuevas estrategias, nuevos ropajes políticos. La era de los totalitarismos no está pasando; por el contrario, seguirán las dictaduras económicas, más peligrosas y despiadadas que las otras. Y por lo que se refiere a que las viejas ideas están pasando de moda, por el contrario, como ha acontecido en estos últimos siglos, habrá un retorno a sistemas e ideas políticas que no encontraron su plena realización, o las circunstancias no fueron favorables para su plena realización. Aristóteles nutre a los sistemas medievales; Bodin, Maquiavelo al siglo XIX; y Freud, Cassirer, Bergson, Comte, Dilthey, Husserl, Huxley, Lenin, Mao Tse Tung y otros al actual.

El mundo existe y está en constante transformación, principalmente en lo social, pero es inexplicable y en ocasiones se interrumpe, por el momento de los grandes hombres, que extienden el horizonte de toda cultura. Al estudiar a la sociedad el doctor José Luis Reyna nos dice que es incuestionable que las proyecciones de fenómenos son parámetros para la planificación. Sin embargo, son indicaciones más que estudios reales. En una palabra, la

ciencia social de hoy está estructurada de tal manera que puede incursionar con cierto éxito en el terreno de la explicación, pero con menos posibilidad de lograrlo en el de la predicción. Y al explicar algunos casos alusivos concluye: pero, en todos los casos la predicción de todos estos fenómenos no fue posible, interrumpieron en el escenario inesperadamente.

Tales situaciones ocurren cuando analizamos los fenómenos políticos y sociales que envuelven al Estado y son objeto de las explicaciones de los tratadistas en ciencias políticas. Uno de esos temas preocupantes será determinar los derroteros de las estructuras políticas nacionales, en estos dos sexenios que faltan para alcanzar la primera etapa del siglo XXI, sin que transitemos en utopías intrascendentes, que llevan a todas partes, pero no reflejan el futuro político de una nación que lucha por una vida más decorosa para su pueblo.

Rafael Segovia señala con razón: «El político es un hombre que persigue ciertos fines y el sabio intelectual el que trata de descubrir nuevos valores». Contra toda generalización podríamos señalar desde ahora que el intelectual está más cerca de la realidad, puesto que los valores ya existen y están presentes, aunque no sea fácil percibirlos en la sociedad en su forma actual, mientras que los fines anhelados por el político sólo existen en la cabeza de éste mientras no se realizan. El político tiene, pues, algo de visionario, de hombre que antecede al futuro, que lo configura por el sólo hecho de pensarlo. El político nos resultaría, de ser cierto lo anterior, un hombre más imaginativo que el intelectual que descubre pero, a la postre, no inventa nada.

Las conclusiones del mensaje presidencial del 19 de diciembre último, son un magnífico punto de partida en la marcha hacia el futuro y para un gobierno que se proyectará en este sexenio y prepara el inmediato para encontrar en los hechos la grandeza mexicana.

La reforma electoral, la presencia de una ideología propia de la nación, el mantenimiento del pluralismo político en cauces más razonables, la nueva estructuración económica del país, y sobre todo un liderazgo presidencial, con una adecuada organización administrativa firme, segura, responsable y nacionalista, que afronte con entereza y sólida decisión los riesgos inmediatos del porvenir.